

te regimiento cuando se le intimó que saliese de la ciudad, los marseleses marcharon sobre Aix, así como los parisienses habían marchado sobre Versalles en las jornadas de octubre. En su violencia arrastraron en pos de sí á los nacionales, que eran los que debían haberla contenido; rodearon entonces á los suizos, les hicieron depone las armas y los arrojaron vergonzosamente llevándoselos por delante. La guardia nacional, fuerza esencialmente revolucionaria, porque como pueblo participa de las opiniones, de los sentimientos y de las pasiones que está llamada á contener como guardia cívica, seguía por todas partes, bien fuese por debilidad ó por cualquiera otra causa, las inconstantes impresiones de la multitud. Esto no podía menos de suceder así, porque ¿cómo unos hombres que en los clubs acababan de aprobar, de aplaudir y aun quizá de incitar á la sedición, habían de cambiar de corazón y de papel al salir de ellos tomando las armas contra los sediciosos? Así es que cuando no eran cómplices al menos permanecían mudos espectadores de las insurrecciones. La escasez de géneros coloniales, la carestía de los granos y los rigores de un invierno cruel, todo contribuía á agitar al pueblo cada día mas; los agitadores se servían de todas estas calamidades de la época para convertirlas en otros tantos objetos de acusación y de rencor contra la dignidad real.

II.

Al gobierno, impotente y desarmado, se le había hecho responsable de las severidades de la naturaleza. Unos emisarios ocultos y unas bandas de hombres armados, recorrían las ciudades y los pueblos en donde se celebraban mercados, esparciendo en ellos rumores alarmantes, é incitando á los paisanos á que pusiesen precio

LIBRO ONCE.

El triunfo de la indisciplina y del asesinato halla eco fuera de París.—Impotencia del gobierno.—Rigor del invierno.—Carestía de granos.—Hácese responsable al gobierno de todas estas calamidades.—La acusación de monopolio equivale á una sentencia de muerte.—Asesinato de Simoneau, corregidor de Etampes.—El duque de Orleans trata de introducirse con el rey.—Su retrato.—Sus desgracias.—Sus viages.—Madama de Genlis se encarga de la educación de los hijos de este príncipe.—Partido orleanista.—Fracasa la reconciliación intentada entre el duque de Orleans y el rey.—El duque de Orleans se pasa á los jacobinos.—Aprestos hostiles del emperador.—La Francia se decide por la guerra.

I.

Los triunfos de la indisciplina y del asesinato hallaron eco en todas partes, manifestándose sus consecuencias en la insubordinación de la tropa, en la desobediencia de los guardias nacionales y en las sublevaciones de los pueblos. Mientras en París se daban fiestas á los suizos de Chateauvieux, el populacho de Marsella exigía con violencia la espulsión del regimiento suizo de Ernest, que estaba de guarnición en Aix, so pretexto de que aquella tropa favorecía á la aristocracia y amenazaba la seguridad de la Provenza. En vista de la negativa de es-

al trigo y á la harina y designando á los que comerciaban en granos con el nombre de monopolizadores. La acusación de este crimen era una sentencia de muerte contra el infeliz de quien con razon ó sin ella, se sospechaba haberlo cometido. El temor de verse acusado como autor del hambre que sufría el pueblo, paralizaba todas las especulaciones comerciales y contribuía mucho mas que una penuria real; á la escasez de granos que se advertía en los mercados. Desde el momento en que se oculta un género, este se hace raro. Los almacenes de trigo eran un crimen en el concepto de los consumidores de pan. El alcalde de Etampes, Simoneau, hombre íntegro y magistrado intrépido, fué víctima de las sospechas del pueblo. Etampes era uno de los grandes mercados de donde se proveía París. Era por consiguiente muy importante conservar allí la libertad de comercio y la afluencia de las harinas. Un grupo compuesto de hombres y mugeres de los pueblos inmediatos, reunido al toque de rebato, marchó sobre el pueblo un día de mercado. precedidos de tambores y armado con fusiles y con instrumentos de labranza para tasar los granos, tomárselos á viva fuerza á los propietarios, partírselos y esterminar segun ellos decían, á los monopolizadores, entre los cuales señalaban á Simoneau. La guardia nacional se escondía, cuando sucedían lances parecidos al que vamos á describir. Cien hombres del regimiento de caballería, núm. 18.º destacados en Etampes, era la única fuerza de que el alcalde podía disponer. El oficial que los mandaba respondía de sus soldados, como *de sí mismo*. Despues de haber hablado mucho con los sediciosos para atraerlos á la razon, viendo Simoneau, que este medio no era suficiente, subió á la casa de ayuntamiento, mandó desplegar la bandera encarnada, proclamó la ley marcial y marchó contra los sublevados rodeado de los conejales, y seguido de la tropa. Al llegar á la plaza, la turba le rodeó y se interpuso entre él y el destacamento.

Los soldados abandonaron al alcalde y ni siquiera des-enyainaron sus sables para defenderle. En vano les intimó en nombre de la ley, y en el del honor militar, que socorriesen á un magistrado contra sus asesinos; en vano cogia la brida de uno de los caballos que se hallaban mas cerca de él, gritando al mismo tiempo: *¡A mí, amigos míos!* Cubierto de heridas causadas por los muchos palos y culatazos que le dieron, cayó casi exanimado teniendo todavia agarradas las riendas del caballo en que iba el cobarde jinete cuyo auxilio imploraba. Este, para poder desasirse del alcalde le cortó el brazo de un sablazo y le dejó espuesto á los insultos del pueblo. *¡Simoneau habia espirado!* Dueños los malvados del cadáver se encarnizaron en sus restos palpitantes aun, y discutieron sobre si debían cortarle la cabeza ó no. Los gefes de los amotinados, hicieron desfilar entonces aquella horda sanguinaria por encima del cuerpo del alcalde, empapando sus pies en aquella sangre. Despues salieron de la ciudad batiendo marcha, y fueron á embriagarse, á pasar la noche en las tabernas de los arrabales. La tasación de los granos, motivo aparente de aquella sedición fué olvidada con la embriaguez del triunfo. No hubo saqueo, bien porque la sed de sangre satisfecha hiciese olvidar al pueblo el hambre, bien porque semejante hambre no fuese sino un pretexto para cometer asesinatos.

III.

Mientras todo se venia abajo cerca y lejos del trono, un hombre célebre por la gran parte que se le atribuía en la ruina general trató de reconciliarse con el rey. Este era Luis-Felipe-José, duque de Orleans, primer príncipe de la sangre. No me atrevo á juzgar á este príncipe sobre el cual no ha pronunciado la historia hasta

aquí, ni se ha atrevido á designar el lugar que le corresponde en todos estos sucesos. Enigma para sí mismo, ha continuado siendo un enigma para la posteridad. El verdadero móvil de este enigma ¿fué la ambicion ó el patriotismo? ¿fué debilidad ó el espíritu de sedicion? Los hechos lo dirán.

La opinion pública tiene sus preocupaciones. Asombrada por la inmensidad de la obra que lleva á cabo, aturdida por decirlo así con la rapidez del movimiento que arrastra tras sí todas las cosas, no puede creer que un conjunto de causas naturales, combinadas por la Providencia con el advenimiento de ciertas ideas que se apoderan del espíritu humano, y auxiliadas por la coincidencia de las épocas pueda producir por sí solo conmociones tan terribles. Ella busca en las causas sobrenaturales y hasta llega á achacar á la fatalidad unos sucesos que no puede comprender. Ella se complace en imaginar que hay en todo esto una causa oculta que obra misteriosamente, y que tiene poder suficiente para hacer surgir de un sitio ignorado de todos, los hombres y los acontecimientos. En una palabra, ella toma toda revolucion por una conjuracion, y si se encuentra en el principio ó en el medio de las grandes crisis con un hombre importante, á cuyos intereses particulares pueda atribuirse una gran influencia en aquellos sucesos, no titubea en suponerle autor de todos ellos, ni en atribuirle la parte principal en el nuevo cambio que se verifica, así como tambien toda la grandeza ó pequenez de la idea que trata de ponerse en planta, de suerte, que dichoso ó desgraciado, inocente ó culpable, ó le cubre de gloria ó carga sobre él toda la responsabilidad de los hechos, cubriendo de oprobio su nombre y su memoria. Tal fué por espacio de cincuenta años la suerte del duque de Orleans.

IV.

Es una tradicion histórica en los pueblos desde la mas remota antigüedad, que el trono desgasta las razas reales y que mientras las ramas primogénitas se enervan con la posesion del imperio, las que las siguen se fortifican y engrandecen por la ambicion que tienen de elevarse, y porque mas inmediatas al pueblo respiran un aire menos corrompido que el de las córtes. Así, en tanto que el derecho da el poder á los primogénitos, los pueblos conceden la popularidad á los hijos segundos de los reyes.

Este fenómeno de una familia mas fuerte y mas popular que la reinante, creciendo al lado del trono y afectando á la vista de la nacion una rivalidad peligrosa con aquel, se verificaba desde la muerte de Luis XIV en la casa de Orleans. Si esta situacion equívoca daba á los príncipes de esta familia algunas virtudes, dábales tambien vicios tan grandes como aquellas. Mas inteligentes y mas ambiciosos que los hijos del rey eran tambien mas activos. La sujecion misma en que les tenia la política de la casa reinante condenaba su pensamiento ó su valor á la inaccion y les forzaba á gastar en los desórdenes ó en la molicie las facultades naturales y los inmensos bienes de los cuales no les era permitido hacer otro uso. Demasiado grandes para ciudadanos, y demasiado peligrosos para colocarlos á la cabeza de los ejércitos, ó de los negocios del Estado, no hallaban un puesto que les conviniese, ni en el pueblo ni en la córte; así es que trataban de conquistarlo en la opinion del pueblo.

El regente, hombre superior, degradado por lo subalterno de su papel y por lo mucho que este duró, habia sido el ejemplo mas palpable de las virtudes y vicios de la sangre de Orleans. Habia perdido el mando del ejér-

cito de Italia por el desastre de Turin, cuya falta, sin embargo, no debía recaer sobre él. Mas tarde había sido llamado de España por haber intentado, favorecido por sus victorias, de suplantar allí á Felipe V. Después del regente, algunos de aquellos príncipes, dotados como él de un valor y de un talento naturales, habían intentado la gloria de las grandes acciones de sus primeros años. Antes de tiempo habían vuelto á sumergirse en la oscuridad, y se habían entregado sin freno á todos los placeres, ó por el contrario, se habían dedicado únicamente á ejercicios piadosos. Pero en cuanto había brillado por cualquier motivo el nombre de alguno de los Orleans, se había tenido cuidado de condenarle á la oscuridad. Estos príncipes debían necesariamente transmitirle con sus tradiciones de familia, la impaciencia por que se verificase un cambio en el gobierno que les permitiese ser verdaderamente grandes. Luis Felipe José, duque de Orleans, había nacido precisamente en una época en que su rango, su fortuna y su carácter debían arrojarle en medio de la corriente de las nuevas ideas, que sus pasiones de familia le mandaban favorecer, y una vez arrastrado por ella, le era imposible detenerse ya en otra parte que no fuese el trono ó el cadalso. Este príncipe tenía veinte años cuando se presentaron los primeros síntomas de la revolución.

Era robusto, como lo son los de su raza. Su estatura esbelta, su aptitud firme, su rostro risueño, su mirada brillante, sus miembros muy flexibles por haberse dedicado desde muy niño á ejercitar las fuerzas corporales y manejar con destreza un caballo, ejercicio que es el pedestal de los príncipes. Familiar en su trato, aunque sin bajeza; de elocución fácil, valiente, liberal hasta la prodigalidad para alentar las artes; esta especie de disipación que no era sino el lujo de la edad, le designaba ya desde muy jóven á ser el ídolo del pueblo. Su favor le embriagaba y fué estinguendo poco á poco su buen sen-

tido natural. El amor del pueblo le pareció una venganza del olvido humillante en que le dejaba la córte. Este príncipe desafiaba en su interior al rey de Versalles, porque conocía que él era el rey de París.

Se había casado con una princesa de una raza amada también del pueblo, hija del duque de Penthièvre; hermosa, amable y virtuosa, llevó en dote á su marido andando el tiempo además de la imensa fortuna de su padre, la clientela de consideración, de favor público, y de respeto general que había en Francia por su casa. El primer acto político del duque de Orleans, fué una resistencia osada á la voluntad de la córte en la época del destierro de los parlamentos. Desterrado él también á su castillo de Villers-Cotterets, acompañóle allí el interés que tenía el pueblo por él. Los aplausos de la Francia le hicieron dulce la desgracia en que había caído en la córte. Creyó comprender lo que era el papel de ciudadano en un país libre, y aspiró á él, olvidando con demasiada facilidad en medio de la atmósfera de adulación que le rodeaba, que no solamente se llega á ser grande ciudadano complaciendo al pueblo, sino que es necesario saber servirle, defenderle y muchas veces también resistirle.

Vuelto á París, quiso reunir el prestigio de la gloria de las armas á las coronas cívicas con que ya se decoraba su nombre. Solicitó entonces de la córte la dignidad de gran almirante de Francia, que le pertenecía desde la muerte de su suegro el duque de Penthièvre. Su petición fué deshechada. Entonces se embarcó como simple voluntario á bordo de la escuadra mandada por el conde de Orvilliers, y se encontró en el combate naval de Duessant el 27 de julio de 1778. Las consecuencias de aquel combate en que la victoria quedó indecisa por una falsa maniobra, fueron imputados á la debilidad del duque de Orleans, que según decían, había impedido que se persiguiese al enemigo con toda la actividad

que hubiera podido hacerse. Estos rumores deshonrosos inventados y propagados por el odio que la corte le tenia, agriaron los resentimientos del jóven príncipe, pero no pudieron hacer dudar de su valor.

Las pruebas que dió de él, le llevaron hasta poner en practica ciertos caprichos indignos de su rango. Uno de estos, fué el lanzarse en Saint Cloud en el primer globo que ha llevado viageros por el espacio. La calumnia no le abandonó en este viage aerostático y muy pronto esparció el rumor de que habia agujereado el globo con la punta de su espada para forzar á sus compañeros de viago á bajar á tierra cuanto antes. Entáblase entre la corte y él una lucha no interrumpida, andaz por una parte y denigrante por otra. El rey le trataba, sin embargo, con la indulgencia con que trata siempre la virtud las lijerizas de la juventud. El conde de Artois le escogia por compañero perpétuo de sus galanteos. La reina que amaba al conde de Artois, temia que su cuñado se contagiase con un trato tan frecuente é íntimo con el duque de Orleans, que entonces no pensaba en otra cosa que en satisfacer sus pasiones amorosas, entregándose á la mas torpe disolucion. Maria Antonieta, temia á la vez en aquel jóven príncipe, al favorito del pueblo y al corruptor del conde de Artois. Ella hizo que el rey comprase el castillo casi regio de Saint Cloud, palacio preferido por el duque de Orleans para hacer de él su morada. Multitud de insinuaciones infames contra sus costumbres, circulaban sin cesar bajo un carácter mas confidencial entre todos los señores de la corte. Se le acusó de haber hecho envenenar, valiéndose para ello de las gentes de su servicio, á su cuñado el príncipe de Lamballe, debilitándole antes en continuas orgias, con la mira de heredar él solo los inmensos bienes de la casa de Penthièvre. Este crimen no era sino una invencion gratuita del odio que la corte le profesaba.

Perseguido así por la animosidad de esta, vióse

obligado el duque á aislarse cada dia mas. En sus frecuentes viages á Inglaterra, contrajo amistad con el príncipe de Gales, heredero del trono, que tenia por amigos á todos los que eran enemigos de su padre, y que jugando con la sedicion, y deshonrándose contrayendo deudas y haciendo gala de los mayores escándalos, llevaba mucho mas allá de lo que es permitido á la juventud, aquellas pasiones que tienen los príncipes por los caballos, por el lujo de la mesa, por el juego y por las mugeres. Sonriéndose aquel príncipe al oír los discursos tribunicios de Fox, de Sheridan y de Burke, preludiaba el ejercicio del poder real con toda la audacia de un hijo desobediente y un ciudadano faccioso.

De este modo adquirió el duque de Orleans el gusto por la libertad en la vida licenciosa que llevó en Londres. Acompañáronle á su vuelta á Francia el hábito de insolentarse con la corte, el gusto por las agitaciones populares, el desprecio de su rango y la familiaridad con el pueblo. Desterró de su casa la etiqueta, y vivió desde entonces como un particular, usando en público y en secreto aquel sencillo trage que quitando á la nobleza francesa su uniforme, y acercando todas las condiciones, destruía ya entre los ciudadanos la diferencia que hacia anteriormente que se conociese en el modo de vestir la clase á que uno pertenecia en la sociedad.

Dedicado esclusivamente el duque á restablecer su fortuna, bastante en decadencia á la sazón, edificó el *Palacio real*. Convirtió los nobles y espaciosos jardines de su antiguo palacio en un lujoso mercado, destinado de dia al tráfico comercial, y por las noches á toda especie de juegos y disoluciones. Verdadera sentina de vicios edificada en el centro de la capital, y obra de especulacion que las antiguas costumbres no perdonaron jamás á este príncipe, fué convirtiendo poco á poco aquel soberbio edificio en el foro de los ociosos del pueblo parisiense para trasformarse muy en breve en cuna de la re-

volucion. Esta marchaba á pasos agigantados. El príncipe la esperaba sumido en la ociosidad, como si la libertad no fuese sino una favorita mas. Entretanto, el odio manifesto que todo el mundo sabia que profesaba á la corte, habia hecho, como es muy natural, que todos los que deseaban el trastorno de sus antiguas instituciones rodeasen á este príncipe. El Palacio real fué el centro elegante de una conspiracion que se celebraba á puertas abiertas para reformar el gobierno. La filosofia del siglo se hallaba allí reunida á la política y á la literatura, y aquel palacio era el de la opinion. Buffon iba constantemente á pasar en él las últimas noches de su vida; Rousseau recibia á lo lejos el único culto que su altiva susceptibilidad podia recibir de los príncipes; Franklin y los republicanos de América, Gibbon y los oradores de la oposicion inglesa, Grimm y los filósofos alemanes, Diderot, Sieyes, Sillery Laclós, Suard, Florian, Raynal, La Harpe y finalmente, todos los hombres pensadores y todos los escritores que presentian el nuevo espíritu se encontraban allí reunidos con los artistas y sábios mas célebres de la época. El mismo Voltaire, proscrito de Versalles por los respetos humanos de una corte que adoraba su genio, fué tambien á parar á él en su último viaje. El príncipe le presentó sus hijos, de los cuales reina uno en Francia en el dia. El filósofo moribundo los bendijo como á los de Franklin, en nombre de la razon y de la libertad.

V.

Esto no es decir que aquel príncipe gustase apasionadamente de las letras ni se dedicase á cultivar el pensamiento: se habia dedicado demasiado á los goces materiales para que pudiese ser sensible á las delicias de la inteligencia; pero el sentimiento revolucionario le

aconsejaba instintivamente que reuniese todas las fuerzas que pudiesen servirle en su dia para contribuir al triunfo de la libertad. Cansado inmediatamente de la belleza y de la virtud de la duquesa de Orleans, se enamoró de una señorita hermosa, espiritual, é insinuante, que tampoco logró fijar su corazón, pero sí dominar su inconstancia y dirigir su espíritu. Esta muger seducidora entonces, célebre despues, era la señorita de Crest, condesa de Sillery-Genlis, hija del marqués de Saint-Aubin, caballero pobre de Charolais. Su madre, jóven y hermosa todavia, la habia llevado á Paris, á casa de Mr. de la Popelinier, célebre banquero, anciano ya, con quien aquella muger estaba en relaciones. Educaba pues á su hija, incierta aun de la suerte que el destierro la preparaba, y sin saber si seria como tantas otras mugeres á quienes la naturaleza ha prodigado el talento y la hermosura, pero que careciendo de lo necesario para subsistir, son una especie de aventureras de la sociedad, algunas veces elevadas, pero por lo general envilecidas por ella.

Los maestros mas célebres educaban á aquella jóven, en tanto que su madre la formaba únicamente para la ambicion. La condicion subalterna de aquella muger en casa de su opulento protector, no impedia que su hija recibiese la mas brillante educacion. A los diez y seis años su hermosura precoz y su talento musical, hacian que se la admitiese en los salones mas elegantes, en donde su madre la presentaba como una celebridad equivocada entre el teatro y el gran mundo. Artista en el concepto de los unos, era mirada como una señorita distinguida por los otros; pero á todos los seducia, y hasta los viejos olvidaban que lo eran cuando se hallaban á su lado. Mr. de Buffon, la llamaba *hija*. Su parentesco con madama de Montesson, viuda del duque de Orleans, hacia que viese con frecuencia al jóven príncipe. El conde de Sillery-Genlis se apasionó de ella, y á pesar de la oposicion de

su familia, la tomó por esposa. Amigo y confidente del duque de Orleans, obtuvo el conde que su muger fuese empleada en la servidumbre de la duquesa de Orleans. El tiempo y su talento hicieron todo lo demas. El duque se unió á ella por el doble atractivo de su estremada belleza y por la admiracion que le causaba la superioridad de su inteligencia, de suerte que cada una de estas dos cosas consolidaba el dominio que una sola era suficiente para ejercer sobre el corazon del principe.

Las quejas de la duquesa al ver este nuevo ultraje no hicieron sino cambiar la inclinacion del duque en obstinacion. Quedó completamente subyugado y quiso honrarse con aquel sentimiento haciéndolo público, si bien tratando de disfrazarlo so pretexto de la educacion de sus hijos. La condesa de Genlis aspiraba á la vez á la ambicion de las córtes y á la gloria de las letras. Escribía, pues, con elegancia aquellas obras triviales que entretienen la ociosidad de las mugeres, estraviando su corazon en unos amores imaginarios. Las novelas, que son para el Occidente lo que el opio para los orientales, se habian convertido en una necesidad, y en un acontecimiento de que se hablaba en todos los salones. Madama de Genlis, tenia una gracia particular para esta especie de composiciones, en las que valiéndose de cierta hipocresía de austeridad, hablaba con decencia del amor; ademas afectaba una universalidad de conocimientos científicos que hacia se olvidase el sexo de la autora al ver en ella una ilustracion que recordaba aquellas célebres mugeres de Italia que esplicaban filosofia cubriéndose el rostro con un velo.

El duque de Orleans, innovador en todo, creyó haber hallado en aquella muger el Mentor de sus hijos. En consecuencia la nombró Ayo de aquellos niños. Irritada la duquesa protestó contra aquel escándalo; la córte se burló del duque, y el público quedó aturdido al ver una cosa tan singular. La opinion, que cede final-

mente al que no la teme, murmuró en un principio, enmudeció despues, y concluyó por dar la razon á Orleans: los discípulos de esta muger, sino supieron ser principes, aprendieron al menos á ser hombres. Madama de Genlis atraía al Palacio real á todos los dictadores de la opinion, de suerte que el primer club de Francia se celebraba en las habitaciones del primer principe de la sangre. El amor á las letras cubria esteriormente aquellos conciliábulos, á la manera que la locura del primer Bruto sirvió para cubrir su venganza. Quizá el duque no era un conspirador, pero ello es cierto, que desde entonces hubo un partido llamado de Orleans. Sieyes, oráculo misterioso de la revolucion, que parecia que la llevaba en su frente pensativa, y que la abrigaba silencioso en su seno; el duque de Lauzun, que desertando de las confidencias de Trianon se habia pasado á los conciliábulos del Palacio real; Laclós, jóven oficial de artillería, autor de una novela obscena, capaz en un caso de necesidad de elevar la intriga novelesca hasta la conjuracion política; Sillery, indispuesto con su casta, enemigo irreconciliable de la córte, ambicioso, descontento, y sin confiar ni esperar nada, sino de lo desconocido; finalmente, otra porcion de hombres mas oscuros, pero no menos activos, que eran una especie de escalones invisibles para bajar desde los salones del principe á las profundidades del pueblo; todas estas gentes, sirviendo unos de cabeza y otros de brazos á la ambicion del duque, asistian diariamente á estas reuniones. Sin duda que ni unos ni otros sabian aun con certeza el verdadero objeto de ellas, pero todos se colocaban en la cima de la pendiente para desde alli dejarse llevar por la fortuna. Lo maravilloso de ese prestigio de las masas que es á la imaginacion lo que á la razon el cálculo, no faltaba en el partido de Orleans. Las profecías, presentimientos populares del destino; los prodigios domésticos admitidos por la credulidad interesada de los numerosos clien-

tes de aquella casa, anunciaban que uno de sus príncipes subiría muy pronto al trono de Francia. Estos rumores corrían entre el pueblo, bien por sí mismos, bien por las hábiles insinuaciones de los partidarios de la casa de Orleans. Cuando se convocaron los Estados generales, el duque se pronunció abiertamente por las reformas más populares, encargando al abate Sieyès que redactase las instrucciones á que habian de atenerse los electores de los dominios del príncipe. Este intrigó además para obtener el título, y ejercer las funciones de ciudadano. Elegido diputado de la nobleza por París, por Crespy y por Villers Cotterêts, optó por Crespy porque los electores de aquella bailía eran más patriotas. En la procesion de los Estados generales, en lugar de ir entre los príncipes, como le correspondía, fué á colocarse en medio de los diputados. Esta abdicacion de su dignidad, á pesar de ser el más inmediato al trono y esta pública preferencia que daba á su dignidad de ciudadano le valió los aplausos de toda la nacion.

VI.

El favor del pueblo hacía Orleans era tal, que si él hubiese sido un duque de Guisa, y Luis XVI Enrique III, los Estados generales hubiesen terminado como los de Blois por un asesinato, ó por una usurpacion. Reunido al estado llano para conquistar la igualdad y ganarse la amistad y la preferencia de la nacion sobre todos los nobles, prestó el juramento del Juego de pelota. Colocóse detrás de Mirabeau en aquella ocasion, solo por desobedecer al rey. Nombrado presidente de la Asamblea nacional renunció á este honor para cedérselo á un simple ciudadano. El día en que la destitucion de Necker puso de manifiesto los proyectos hostiles de la

corte, dia en que el pueblo de París nombró por aclamacion los que habian de ser sus gefes y sus defensores, el nombre del duque de Orleans fué el primero que salió de todas las bocas, y la Francia tomó en el jardín de su palacio los colores de su librea destinándolos á ser en adelante la escarapela nacional. A la voz de Camilo Desmoulins, que fué quien dió el grito de alarma en el Palacio real, se formaron los grupos guiados por Legendre y por Freron. Estos pasearon los bustos del duque de Orleans y el de Necker, los cubrieron con un velo negro y ellos con la cabeza descubierta, atravesaron silenciosos por medio de los ciudadanos. Corrió la sangre, en el cadáver de uno de los que llevaban los bustos, al cual habia muerto la tropa, sirvió de estandarte al pueblo. De este modo el duque de Orleans se halló comprometido por su palacio, por su nombre y por su imágen en el primer combate y en el primer asesinato de la revolucion. Esto fué lo suficiente para que se creyese que su mano era la que movía todos aquellos resortes y que él era el autor de cuanto estaba sucediendo. Sea por falta de audacia, sea porque no tuviese ambicion, lo cierto es que jamás tomó la actitud del papel que la opinion le señalaba. Su objeto entonces no pareció ser otro que el de conquistar una constitucion para su país, y el título de patriota para sí. O respetó ó desdeñó el trono; cualquiera de estos dos sentimientos le hace grande á los ojos de la historia. Todo el mundo era de su partido excepto él.

Los hombres imparciales honraron su moderacion y los revolucionarios se avergonzaron de ver su falta de carácter. Mirabeau que buscaba un pretendiente en quien pudiese personificar la revolucion, habia tenido varias entrevistas secretas con el duque de Orleans, en las cuales habia procurado sondear su ambicion para juzgar si seria de tal naturaleza que le hiciese aspirar á ocupar el trono sin reparar en los medios. Aquel grande hombre

se habia retirado descontento, y habia descubierto su decepcion usando al hablar del príncipe ciertas palabras que le eran bastante injuriosas. Lo que Mirabeau necesitaba era un conspirador, pero no halló mas que un patriota. Lo que el despreciaba en el duque, no era la meditación de un crimen, sino el que se negase á ser su cómplice, porque nunca habia pensado hallar en Orleans tantos escrupulos. Vengóse de él llamando á aquel desinteres, la *bajeza de un ambicioso*.

La Fayette acusaba al príncipe de fomentar unos disturbios que algunas veces no podia el general contener. Se pretendia por algunos haber visto al duque de Orleans igualmente que á Mirabeau, mezclados entre los grupos de hombres y mugeres y señalándoles con el dedo el palacio. Mirabeau se defendió de esta calumnia con la sonrisa del desprecio. El duque de Orleans demostró mas seriamente su inocencia. El doble asesinato del rey y de la reina, dejaba todavía viva la monarquía, las leyes del reino, y los príncipes herederos de la corona. Orleans no podia subir al trono, sino pasando por encima de cinco cadáveres colocados por la naturaleza entre su ambicion y él. Estos crímenes en vez de servirle de escalon para lograr su intento caso que hubiese querido ser rey, no le hubiesen conducido sino á la execracion de la nacion, y hubiesen causado hasta á los mismos asesinos. Además, el duque probaba con numerosos é irrecusables testimonios, que no habia ido á Versalles ni el 4 ni el 5 de octubre; que al salir de aquel punto el 3 despues de la sesion de la Asamblea nacional se habia vuelto á París; que habia pasado el día 4 en su palacio y en los jardines de Mousseaux; que el 5 habia vuelto á salir para este último punto, y que habiéndose roto su cabriolé en el arrabal, habia continuado su camino á pie por los Campos Eliseos; que habia pasado el día en Passy con sus hijos y con madama de Genlis; que habia cenado en Mousseaux con esta, y se habia vuelto á dormir á París; que hasta el 6 por la ma-

ñana no habia tenido conocimiento de los sucesos del día anterior, pero que en cuanto los supo, habia marchado en direccion á Versalles, habiendo sido detenido su coche en el puente de Sevres por las turbas que llevaban las cabezas de los guardias del rey. Si esta conducta no era la que debia observar un príncipe de la sangre, obligado á volar en socorro de su rey y á colocarse al pie del trono entre el soberano amenazado y el pueblo, tampoco era la de un usurpador audaz que trata de aprovechar la ocasion de una revolucion y que presenta á lo menos al pueblo un crimen enteramente consumado.

La táctica de este príncipe consistió en estar á la expectativa, ya porque él no quisiese recibir la corona sino de la fatalidad de los sucesos, y sin alargar siquiera la mano para cogerla, ya porque hubiese en él mas indiferencia que ambicion hácia aquel rango supremo, ya porque no quisiese colocar su trono como un obstáculo en medio del camino de la libertad, ya finalmente porque aspirase sinceramente á la república, y porque tuviese en mayor estima el simple titulo de primer ciudadano de una nacion libre, que el pomposo de rey.

VII.

No obstante, poco despues de aquella época La Fayette quiso romper las relaciones que habia entre Orleans y Mirabeau. El general trató de alejar á toda costa á aquel príncipe de la escena política y de forzarle moralmente á que se desterrase él mismo á Londres, haciéndole entrever la posibilidad de que se le formase causa por crimen de lesa magestad. Hizo que el rey y la reina le ayudasen en este plan, alarmándoles con la relacion de los complots en que estaba mezclado el príncipe, y haciendo que viesen en él un competidor al trono. La

Fayette decía un día á la reina, que aquel príncipe era el único hombre de quien pudiese sospecharse una ambicion tan desmesurada. «Caballero, le respondió la reina mirándole con cierta espresion de incredulidad, ¿es necesario ser príncipe para aspirar á la corona?—A lo menos señora, replicó el general, yo no conozco otro hombre sino al duque de Orleans que tenga semejantes intenciones.» La Fayette tenia un concepto demasiado elevado de la ambicion de Orleans.

VIII.

Desalentado Mirabeau al ver en este hombre tanta indecision y tantos escrúpulos, y hallándole siempre por cima ó por bajo del crimen, le rechazó de sí y trató de entablar relaciones con La Fayette. Este, aunque no tenia á su disposicion sino la fuerza armada, conocia que Mirabeau tenia suficiente fuerza moral, y se sonrió en vista de la idea de un dumvirato que les aseguraba el imperio. En Paris y en Passy tuvieron estos dos rivales varias entrevistas secretas. La Fayette rechazando toda idea de usurpacion en beneficio de un príncipe, declaró terminantemente á Mirabeau que si queria que los dos se entendiesen, era preciso ante todo renunciar á cuanto fuese ó pudiese ser en perjuicio de la reina. «¡Pues bien, general, respondió Mirabeau, ya que así lo queréis, que viva! Una reina humillada, puede ser útil, pero una reina degollada, no sirve sino para componer una mala tragedia.» Esta salida atroz en que se trataba en tono de chanza si habia de derramarse ó no la sangre de una muger, llegó mas tarde á conocimiento de la reina, pero se la perdonó á Mirabeau y no impidió que entrase en relaciones con el gran orador. Sin embargo, aquella palabra dejó sin duda cierta impresion sangrienta en el co-

razon de aquella princesa, que desde entonces debió ya conocer lo que podia temer en lo sucesivo.

Seguro La Fayette del asentimiento del rey y de la reina, y apoyado en la indignacion de la guardia nacional que empezaba ya á cansarse de los facciosos, se atrevió á tomar con aquel príncipe el tono de un dictador y á pronunciar contra él un destierro arbitrario, cubierto bajo las apariencias de una mision aceptada espontáneamente. Suplicó por tercera persona al duque de Orleans que le concediese una cita en casa de la marquesa de Coigny, muger noble y espiritual, adicta á La Fayette y á cuya casa iba alguna que otra vez el duque. Despues de una conversacion que solo las paredes oyeron, pero cuyo contenido pudo adivinarse por los resultados; conversacion á la que Mirabeau llamaba *muy imperiosa por una parte y muy resignada por la otra*, se convino en que el duque de Orleans saliese inmediatamente para Londres.

Los amigos del príncipe le hicieron variar de resolucion aquella misma noche, y así se lo escribió á La Fayette. Este le dió otra cita, en la que le intimó que mantuviese su palabra y que partiese en el término de veinte y cuatro horas, conduciéndole en seguida al cuarto del rey. Allí aceptó el príncipe la mision ficticia y prometió no omitir nada en Inglaterra para destruir los complotis de los fautores de los disturbios del reino. «Vos estais mas interesado en ello, que ningun otro, le dijo La Fayette en presencia del rey, porque nadie está mas comprometido que vos.» Instruido Mirabeau de la violencia ejercida por La Fayette sobre el espíritu del duque ofreció á éste sus servicios y trató de seducirle por última vez presentándole la posibilidad en que se hallaba de apoderarse del rango supremo. Para esto habia ya concebido el plan del discurso que habia de pronunciar al día siguiente en la Asamblea. En él denunciaria como una conspiracion del despotismo aquel golpe de Estado

contra un solo ciudadano, en cuya libertad se atentaba contra la de todos los demas. «Esta violacion de la inviolabilidad de los representantes de la nacion en el destierro de un principe de la sangre, mostraria á La Fayette como sirviéndose de la mano del rey para herir á sus rivales de popularidad, y para cubrir su insolente dictadura con la sancion veneranda del gefe de la nacion, cabeza al mismo tiempo de la familia real.» Mirabeau no dudaba que se sublevaria la Asamblea contra una tentativa tan odiosa, y prometió á los amigos del duque de Orleans que se verificaria uno de aquellos cambios rápidos de opinion que elevan al hombre á una altura mayor, que aquella de donde ha caido. Estas palabras, sostenidas por las súplicas de Lacroix, de Sillery y de Lauzun, hicieron vacilar por segunda vez al principe en su resolucion. Conoció éste, que era vergonzoso aquel destierro voluntario, en el cual no habia visto anteriormente sino magnanimidad. En consecuencia, volvió á escribir al amanecer diciendo que no marcharia.

La Fayette, le hizo llamar entonces á casa del ministro de Negocios estrangeros. Allí el principe se dejó vencer otra vez, y escribió á la Asamblea destruyendo de antemano todo el efecto de la denuncia de Mirabeau. «Mis enemigos pretenden, dijo el duque á La Fayette, que os jactais de tener contra mi pruebas de complicitad en los atentados del 5 de octubre.—Mis enemigos si que son los que lo dicen, respondió La Fayette, si yo tuviese pruebas contra vos, ya os hubiese hecho prender. No las tengo, no, lo que hago es buscarlas.» El duque de Orleans marchó. Nueve meses habian transcurrido desde su vuelta. La Asamblea constituyente habia dejado la Constitucion que acababa de votar, bajo la tutela de la anarquía, y sin nadie que fuese capaz de defenderla. El reino, se hallaba en el mayor desorden, los primeros actos de la Asamblea legislativa anunciaban la vacilacion de un pueblo que hace alto sobre una pen-

diente escarpada, pero que está decidido á bajar por ella, hasta llegar al valle.

IX.

Los girondinos, adelantándose desde el primer paso al partido de Barnave y los Lameth, indicaban su intento de empujar la Francia sin prepararla, hasta la república. El duque de Orleans, á quien su larga permanencia en Inglaterra habia proporcionado tiempo suficiente para reflexionar lejos de las facciones, sintió hervir en sus venas la sangre de los Borbones. No dejó por esto de ser patriota; pero comprendió muy bien que la salvacion de la patria, cuando se veia amenazada de una guerra inminente, no consistia en la destruccion del poder ejecutivo. Tambien debió despertarse en su corazon cierta compasion al ver lo mucho que sufrían el rey y la reina, pues por mas que los odiase no se habian estinguido en él aun todos los sentimientos generosos. Hallábase ya suficientemente vengado con los acontecimientos de octubre, con la humillacion del rey ante la Asamblea, con los insultos cotidianos del populacho á María Antonieta, y con las terribles noches que pasaba aquella familia, cuyo palacio no podia ya llamarse sino una prision; quizá temia tambien que la revolucion fuese ingrata con él, y llegase á tratarle del mismo modo que estaba tratando á sus mas inmediatos parientes.

El duque habia salido para Inglaterra contra su voluntad, pero habia permanecido allí, porque habia llegado á persuadirse de que su nombre era un pretesto, del cual se servian para todas las agitaciones de París. Lacroix, habia ido varias veces á Londres á tentar de nuevo la ambicion del desterrado y á echarle en cara su condescendencia con La Fayette; condescendencia que la Francia tomaba por cobardía. El orgullo del principe se

habia sublevado en vista de esta idea y amenazaba con que se volveria á Paris.

Las representaciones de Mr. de La Luzerne, ministro plenipotenciario de Francia en Lóndres, las de Mr. de Boinville, ayudante de campo de La Fayette, y finalmente su propia prevision, habian prevalecido sobre las instigaciones de Laclós. Hay una prueba de esto en una carta de Mr. de La Luzerne, hallada en la *Alacena de hierro*, entre los papeles reservados del rey. «Declaro, dice Mr. de la Luzerne, que he presentado al señor duque de Orleans á Mr. de Boinville, ayudante de campo de Mr. de La Fayette; que este oficial ha hecho presente al duque de Orleans que no convenia que se presentase en Paris en estos momentos, porque no faltarían algunos hombres mal intencionados que se servirían de su nombre para promover disturbios y alborotos, no solo en la capital, sino quizá en todo el reino, por cuya razon le suplicaba que retardase su vuelta á Paris. El señor duque de Orleans, que no quiere dar el mas mínimo pretesto para que se turbe la tranquilidad pública valiéndose de su nombre, ha consentido gustoso en acceder á lo que se le suplicaba.»

X.

Por fin partió, y en cuanto llegó á Francia trató de que se le emplease en la marina, pero cuantos pasos dió fueron inútiles. Así las cosas, Mr. Bertrand de Molleville le envió el nombramiento de almirante cuando menos lo esperaba el duque. En cuanto lo recibió fué á dar las gracias al ministro y le dijo: «Que tenia á gran dicha la gracia que el rey acababa de concederle, porque le proporcionaba ocasion de dar á conocer á aquel príncipe, que le habian calumniado vilmente los que le habian atribuido unos sentimientos de los que estaba muy distante. Soy muy desgraciado, prosiguió, se han servido

de mi nombre para imputarme unos horrores de que todo el mundo me ha creído culpable, porque he desdeñado justificarme. Pronto se vera si mi conducta confirma lo que estoy diciendo.»

El aire de franqueza y de lealtad y el tono espresivo con que hablaba el duque afectaron al ministro, que estaba muy prevenido contra él y que hasta entonces le habia tenido por culpable. Preguntó éste al príncipe si tendria inconveniente en hablar al rey aquel mismo lenguaje, con lo cual daria consuelo á su corazon porque él temia transmitir á S. M. las palabras que acababa de oír, conociendo que no podria darlas toda la significativa energía que tenían en sí. El duque acogió alborozado la idea de ver al rey si éste se dignaba recibirle. Manifestó su intencion de ir al dia siguiente á palacio, y advertido el rey de esta novedad por su ministro le aguardó impaciente, permaneciendo los dos encerrados en el cuarto del rey por largo rato.

Un escrito autógrafo redactado por al duque de Orleans, en un principio para justificar su memoria ante sus hijos y ante sus amigos, va á iniciarnos en los misterios de esta conversion reservada. «Los demócratas exaltados dice, han pensado que yo queria establecer la república en Francia, los ambiciosos han creído que prevalido yo de mi popularidad, queria forzar al rey á que me entregase la direccion del reino; finalmente, los patriotas virtuosos han visto en mí la misma virtud que ellos tienen y han pensado que yo me sacrificaba sin reserva por la causa pública. Los unos me han hecho peor, y los otros mucho mejor de lo que soy efectivamente. Hasta ahora yo no he hecho otra cosa que seguir los impulsos de mi voluntad, que me inclina hácia las ideas liberales. He creído ver la imágen de la libertad en los parlamentos, que cuando menos tienen su lenguaje y sus formas. Así es, que yo he abrazado este fantasma de representacion, y me he sacrificado hasta tres veces por los parlamentos.